

ver los cristianos se tenían por bienaventurados. Vinieron este día más de 120 canoas á los navíos todas cargadas de gente y todos traen algo, especialmente de su pan y pescado, y agua en cantarillos de barro, y simientes y de muchas simientes que son buenas especias: echaban un grano en una escudilla de agua y bébenla, y decían los indios que consigo traía el Almirante que era cosa sanísima.

Domingo 23 de Diciembre.

No pudo partir con los navíos á la tierra de aquel Señor que lo había enviado á rogár y convidar por falta del viento; pero envió con los tres mensajeros que allí esperaban las barcas con gente y al escribano. Entretanto que aquellos iban, envió dos de los indios que consigo traía á las poblaciones que estaban por allí cerca del parage de los navíos y volvieron con un Señor á la nao con nuevas que en aquella isla española había gran cantidad de oro, y que á ella lo venían á comprar de otras partes, y dijéronle que allí hallaría cuanto quisiese. Vinieron otros que confirmaban haber en ella mucho oro, y mostrábanle la manera que se tenía en cogello. Todo aquello entendía el Almirante con pena; pero todavía tenía por cierto que en aquellas partes había grandísima cantidad dello, y que hallando el lugar donde se saca habrá gran barato dello, y según imaginaba que por no nada. Y torna á decir que cree que debe haber mucho, porque en tres días que había questaba en aquel puerto había habido buenos pedazos de oro, y no puede creer que allí lo traigan de otra tierra. *Nuestro Señor que tiene en las manos todas las cosas vea de me remediar y dar como fuere su servicio*: estas son palabras del Almirante. Dice que aquella hora cree haber venido á la nao más de 1,000 personas, y que todas traían algo de lo que poseen; y ántes que lleguen á la nao, con medio tiro de ballesta, se levantan en sus canoas en pié y toman en las manos lo que traen diciendo, tomad, tomad. También cree que más de 500 vinieron á la nao nadando por no tener canoas, y estaba surta cerca de una legua de tierra. Juzgaba que habían venido cinco Señores, hijos de Señores, con toda su casa, mugeres y niños á ver los cristianos. A todos mandaba dar el Almirante, porque todo, diz, que era bien empleado, y dice: *Nuestro Señor me aderece, por su piedad, que hallé este oro, digo su mina, que hartos tengo aquí que dicen que la saben*: estas son sus palabras. En la noche llegaron las barcas y dijeron que había gran camino hasta donde venían, y que al monte de Caribatan hallaron muchas canoas con muy mucha gente que venían á ver el Almirante y á los cristianos del lugar donde ellos iban. Y tenía por cierto que si aquella fiesta de Navidad pudiera estar en aquel puerto (1) viniera toda la gente de aquella

(1) Puerto del Guarico.

isla, que estimaba ya por mayor que Inglaterra, por verlos; los cuales volvieron todos con los cristianos á la población (1), la cual diz que afirmaban ser la mayor y la más concertada de calles que otras de las pasadas y halladas hasta allí, la cual diz que es de parte de la *Punta Santa* (2), al Sueste cuasi tres leguas. Y como las canoas andan mucho de remos fuéronse delante á hacer saber al *Cacique*, aquellos llamaban allí. Hasta entónces no había podido entender el Almirante si lo dicen por Rey ó Gobernador. También dicen otro nombre por grande que llaman *Nilayno* (3), no sabía si lo decían por Hidalgo ó Gobernador ó Juez. Finalmente, el Cacique vino á ellos y se ayuntaron en la playa que estaba muy barrida, todo el pueblo, que había más de 2,000 hombres. Este Rey hizo mucha honra á la gente de los navíos, y los populares cada uno les traía algo de comer y de beber. Después el Rey dió á cada uno unos paños de algodón que visten las mugeres, y papagayos para el Almirante y ciertos pedazos de oro; daban también los populares de los mismos paños, y otras cosas de sus casas á los marineros, por pequeña cosa que les daban, la cual según la recibían parecía que la estimaban por reliquias. Ya á la tarde, queriendo despedir, el Rey les rogaba que aguardasen hasta otro día; lo mismo todo el pueblo. Vista que determinaban su venida, vinieron con ellos mucho del camino, trayéndoles á costas lo que el Cacique y los otros les habían dado hasta las barcas, que quedaban á la entrada del río.

Lunes 24 de Diciembre.

Antes de salido el sol levantó las anclas con el viento terral. Entre los muchos indios que ayer habían venido á la nao, que les habían dado señales de haber en aquella isla oro, y nombrado los lugares donde lo cojian, vino uno parece que más dispuesto y aficionado, ó que con más alegría le hablaba, y halagólo rogándole que se fuese con él á mostralle las minas del oro: este trujo otro compañero ó pariente consigo, los cuales entre los otros lugares que nombraban donde se cogía el oro dijeron de Cipango, al cual ellos llamaban *Civao*, y allí afirman que hay gran cantidad de oro, y que el Cacique trae las banderas de oro de martillo, y salvo que está muy lejos al Leste. El Almirante dice aquí estas palabras á los Reyes: «Crean vuestras Altezas que en el mundo todo no puede haber mejor gente, ni más mansa: deben tomar vuestras Altezas grande alegría porque luego los harán cristianos, y los habrán enseñado en buenas costumbres de sus reinos, que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé ya como lo escriba; porque

(1) El Guarico.

(2) «Esta *Punta Santa* no ha nombrado.» Casas.—Es la Punta llamada ahora *San Honorato*.

(3) «*Nilayno* era principal y Señor después del Rey, como grande del Reino.» Casas.

yo he hablado en superlativo grado la gente y la tierra de la *Juana*, á que ellos llaman *Cuba*; mas hay tanta diferencia dellos y della á esta en todo como del día á la noche; ni creo que otro ninguno que esto hobiese visto hobiere hecho ni dijese ménos de lo que yo tengo dicho, y digo que es verdad que es maravilla las cosas de acá y los pueblos grandes de esta *Isla Española*, que así la llamé, y ellos le llaman *Bohío*, y todos de muy singularísimo tracto amoroso y habla dulce, no como los otros que parece cuando ablan que amenazan, y de buena estatura hombres y mugeres, y no negros. Verdad es que todos se tiñen, algunos de negro y otros de otro color, y los más de colorado. He sabido que lo hacen por el sol que no les haga tanto mal, y las casas y lugares tan hermosos, y con señorío en todos como juez ó señor dellos, y todos le obedecen que es maravilla, y todos estos señores son de pocas palabras y muy lindas costumbres, y su mando es lo más con hacer señas con la mano, y luego es entendido que es maravilla. » Todas son palabras del Almirante.

Quien hobiere de entrar en la de *Santo Tomé* (1) se debe meter una buena legua sobre la boca de la entrada sobre una isleta llana (2) que en el medio hay, que les puso nombre *la Amiga*, llevando la proa en ella. Y despues que llegare á ella con el ot.º (3) de una piedra, pase de la parte del Oeste, y quédela ella al Leste, y se llegue á ella y no á la otra parte, porque viene una restringa muy grande del Oeste, é aun en la mar fuera della hay unas tres bajas, y esta restringa se llega á *la Amiga* un tiro de lombarda, y entremedias pasará y hallará á lo más bajo siete brazas y cascajos abajo, y dentro hallará puerto para todas las naos del mundo, y que estén sin amarras. Otra restringa y bajas vienen de la parte del Leste á la dicha isla *Amiga*, y son muy grandes, y saben en la mar mucho, y llega hasta el cabo cuasi dos leguas; pero entre ellas pareció que había entrada á tiro de dos lombardas de *la Amiga*, y al pié del *Monte Caribatan* de la parte del Oeste hay un muy buen puerto y muy grande (4).

Martes 25 de Diciembre.

Navegando con poco viento el día de ayer desde la mar de *Santo Tomé*, sobre la cual una legua estuvo así hasta pasado el primer cuarto, que serían á las once horas de la noche, acordó echarse á dormir, porque había dos días y una noche que no había dormido. Como fuese calma, el marinero que gobernaba la nao acordó irse á dormir y dejó el gobernador á un mozo grumete, lo que mucho siempre había

(1) Entrada en la bahía de Acúl.

(2) *Isla de Ratas*.

(3) Así en el original esta abreviatura que no se entiende. Acaso diría *con el tiro de una piedra, etc.*

(4) Puerto Francés.

el Almirante prohibido en todo el viage, que hobiese viento ó que hobiese calma; conviene á saber, que no dejasen gobernar á los grumetes. El Almirante estaba seguro de bancos y de peñas; porque el Domingo cuando envió las barcas á aquel Rey habían pasado al Leste de la dicha *Punta Santa* bien 3 leguas y media, y habían visto los marineros toda la costa y los bajos que hay desde la dicha *Punta Santa* al Leste Sueste bien 3 leguas, y vieron por donde se podía pasar, lo que todo este viage no hizo. Quiso nuestro Señor que á las doce horas de la noche, como habían visto acostar y reposar el Almirante y vian que era calma muerta, y la mar como en una escudilla, todos se acostaron á dormir, y quedó el gobernalle en la mano de aquel muchacho, y las aguas que corrían llevaron la nao sobre uno de aquellos bancos. Los cuales, puesto que fuese de noche, sonaban que de una grande legua se oyeran y vieran, y sobre él tan mansamente que casi no se sentía. El mozo que sintió el gobernalle y oyó el sonido de la mar, dió voces, á las cuales salió el Almirante, y fué tan presto que aun ninguno había sentido questuviesen encallados. Luego el maestro de la nao, cuya era la guardia, salió; y dijoles el Almirante, á él y á los otros que halasen el batel que traían por popa, y tomasen una ancla y la echasen por popa y él con otros muchos saltaron en el batel y pensaba el Almirante que hacían lo que les había mandado; ellos no curaron sino de huir á la carabela que estaba á barlovento media legua. La carabela no los quiso recibir haciéndolo virtuosamente, y por esto volvieron á la nao, pero primero fué á ella la barca de la carabela. Cuando el Almirante vido que se huían y que era su gente, y las aguas menguaban y estaba ya la nao la mar de traves, no viendo otro remedio, mandó cortar el mastel y alijar de la nao todo cuanto pudieron para ver si podían sacarla, y como todavía las aguas menguasen no se pudo remediar, y tomó lado hacia la mar traviesa, puesto que la mar era poco ó nada, y entónces se abrieron los conventos (1) y no la nao. El Almirante fué á la carabela para poner en cobro la gente de la nao en la carabela, y como ventase ya ventecillo de la tierra, y tambien aun quedaba mucho de la noche, ni supiesen cuanto duraban los bancos, temporejó á la corda hasta que fué de día, y luego fué á la nao por de dentro de la restringa del banco. Primero había enviado el batel á tierra con Diego de Arana, de Córdoba, alguacil de la Armada, y Pedro Gutiérrez, repostero de la Casa Real, á hacer saber al Rey que lo había enviado á convidar y rogar el Sábado que se fuese con los navíos á su puerto, el cual tenía su villa adelante obra de una legua y media del dicho banco, el cual, como lo supo, dicen que lloró, y envió toda su gente de la villa con naos

(1) Herrera en la dec. 1.ª, lib. 1.º, cap. 18, refiere puntualmente este suceso, y dice que *conventos* llamaban á los vacíos que hay entre costillas y costillas de una nave.

muy grandes y muchas á descargar todo lo de la nao; y así se hizo y se descargó todo lo de las cubiertas en muy breve espacio: tanto fué el grande aviamiento y diligencia que aquel Rey dió. Y él con su persona, con hermanos y parientes estaban poniendo diligencia así en la nao como en la guarda de lo que se sacaba á tierra, para que todo estuviese á muy buen recaudo. De cuando en cuando enviaba uno de sus parientes al Almirante llorando á lo consolar, diciendo que no rescibiese pena ni enojo qué le daría cuanto tuviese. Certifica el Almirante á los Reyes que en ninguna parte de Castilla tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner sin faltar un agujeta. Mandó poner todo junto con las casas entretanto que se vaciaban algunas casas que quería dar, donde se pusiese y guardase todo. Mandó poner hombres armados enrededor de todo, que velasen toda la noche. «Él con todo el pueblo lloraban tanto (dice el Almirante): son gente de amor y sin cudicia, y convenientes para toda cosa, que certifico á vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman á sus prójimos como á sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mugeres, como sus madres los parieron. Mas crean vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas, y el Rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente que es placer de verlo todo, y la memoria que tienen, y todo quieren ver, y preguntan qué es y para qué.» Todo esto dice así el Almirante (1).

Miércoles 26 de Diciembre.

Hoy á salir del sol vino el Rey de aquella tierra que estaba en aquel lugar á la carabela Niña, donde estaba el Almirante, y cuasi llorando le dijo que no tuviese pena que él le daría cuanto tenía, y que había dado á los cristianos que estaban en tierra dos muy grandes casas, y que más les daría si fuesen menester, y cuantas canoas pudiesen cargar y descargar la nao y poner en tierra cuanta gente quisiese; y que así lo había hecho ayer, sin que se tomase una migaja de pan ni otra cosa alguna: *tanto* (dice el Almirante) *son fieles y sin cudicia de lo ageno, y así era sobre todos aquel Rey virtuoso*. En tanto que el Almirante estaba hablando con él, vino otra canoa de otro lugar que traía ciertos pedazos de oro, los cuales quería dar por un cascabel, porque otra cosa tanto no deseaban como cascabeles. Que aun no llega la canoa abordo cuando llamaban y mostraban los pedazos de oro, diciendo *chuy chuy* por cascabeles, que están en puntos de se tornar locos por ellos. Despues de haber

(1) Hernando Colon copia, en el cap. 32 de su historia, la relacion de su padre el Almirante sobre este suceso, y difiere algo en las expresiones aunque no en la sustancia del texto que traslada Casas.

visto estos, y partiéndose estas canoas que eran de los otros lugares, llamaron al Almirante y le rogaron que les mandase guardar un cascabel hasta otro día, por quel traería cuatro pedazos de oro tan grandes como la mano. Holgó el Almirante de oír esto, y despues un marinero que venía de tierra dijo al Almirante que era cosa de maravilla las piezas de oro que los cristianos que estaban en tierra resgataban por no nada; por una agujeta daban pedazos que serían más de dos castellanos, y que entónces no era nada al respecto de lo que sería dende á un mes. El Rey se holgó mucho con ver al Almirante alegre, y entendió que deseaba mucho oro, y dijole por señas qué sabía cerca de allí adonde había dello muy mucho en grande suma, y questuviese de buen corazon qué daría cuanto oro quisiese, y dello diz que le daba razon, y en especial que lo había en Cipango, á que ellos llamaban *Civao*, en tanto grado que ellos no lo tienen en nada, y qué lo traería allí, aunque tambien en aquella *Isla Española*, á quien llaman *Bohio*, y en aquella provincia *Caribata* lo había mucho más. El rey comió en la carabela con el Almirante, y despues salió con él en tierra donde hizo al Almirante mucha honra, y le dió colacion de dos ó tres maneras de ajos, y con camarones y caza, y otras viandas que ellos tenían, y de su pan que llamaban *casavi*, donde lo llevó á ver unas verduras de árboles junto á las casas, y andaban con él bien 1,000 personas, todos desnudos. El Señor ya traía camisa y guantes que el Almirante le había dado, y por los guantes hizo mayor fiesta que por cosa de las que le dió. En su comer con su honestidad y hermosa manera de limpieza se mostraba bien ser de linage. Despues de haber comido, que tardó buen rato estar á la mesa, trujeron ciertas yerbas con que se fregó mucho las manos: creyó el Almirante que lo hacía para ablandarlas, y diéronle agua-manos. Despues que acabaron de comer llevó á la playa al Almirante, y el Almirante envió por un arco turquesco y un manajo de flechas, y el Almirante hizo tirar á un hombre de su compañía, que sabía dello; y el Señor, como no sepa qué sean armas, porque no las tienen ni las usan, le pareció gran cosa; aunque diz quel comienzo sobre habla de los de *Caniba*, aquellos llaman *Caribes*, que los vienen á tomar, y traen arcos y flechas sin hierro, que en todas aquellas tierras no había memoria dél, y de acero ni de otro metal, salvo de oro y de cobre, aunque cobre no había visto sino poco el Almirante. El Almirante le dijo por señas que los Reyes de Castilla mandarian destruir á los caribes, y que á todos se los mandarian traer las manos atadas. Mandó el Almirante tirar una lombarda y una espingarda, y viendo el efecto que su fuerza hacían y lo que penetraban, quedó maravillado. Y cuando su gente oyó los tiros cayeron todos en tierra. Trujeron al Almirante una gran carátula, que tenía grandes pedazos de oro en las orejas y en los ojos y en otras partes, la cual le dió con otras joyas de oro que el mismo Rey había puesto al Almirante en la cabeza y al pescuezo, y á otros cristianos que con él estaban dió tambien muchas. El Almirante recibió mucho placer y consolacion destas cosas que vía, y se le tem-